

SERMON IX.

DE LA CONCEPCION DE NUÈSTRA SEÑORA.

Benedixisti, Domine, terram tuam, avertisti captivitatem Jacob.

Psalm. 84.

Has llenado, Señor, de bendiciones tu tierra, y has separado de ella el cautiverio de Jacob.

David, aquel piadoso Rey á quien Dios por una justa condescendencia de su liberalidad, habia separado de la ocupacion pastoril para sentarle en el trono de Israel, y formar de un rústico un xefe digno de su pueblo; este gran Príncipe, contemplando en un profundo éxtasis las maravillas que el Altísimo obraria en la série de los siglos á favor de aquella incomparable Reyna, exclamó en medio de la admiracion lleno de un júbilo extraordinario: *Benedixisti, Domine, terram tuam, avertisti captivitatem Jacob.* Señor, ahora conozco que has colmado de bendiciones tu tierra, y has separado de ella la cautividad de Jacob. Expresiones magníficas, palabras misteriosas con que el Psalmista Rey (segun la exposicion del Abad Ruperto) quiso significar una tierra vírgen prevenida con anticipacion por la diestra del Omnipotente, y santificada con sus mas preciosos dones: una tierra de bendicion preservada por su brazo dominante del contagio de aquel lodo de que fué formado el primer hombre: una tierra pura y exenta de toda mancha

que habia de abrir sus entrañas para brotar la salud de las naciones: una tierra al fin dichosa, que anunciaba ya el privilegio glorioso de María en el primer momento de su inmaculada animacion.

No es arbitrario, Católicos, el sentido que dá este insigne Abad á las misteriosas palabras de David; escuchad su pensamiento. Leemos en el Génesis, dice este sabio, que la tierra de que fué formado el antiguo Adán, no la llama Moysés tierra de Dios, sin duda porque manchada y profanada poco tiempo despues con la original prevaricacion, solo era propia para producir abrojos, espinas é hijos de ira por una fatal propagacion del pecado: pero quando esta misma escritura, intérprete de la verdad, habla por boca de David, de la tierra de donde habia de salir el segundo Adán la llama tierra de Dios: *Benedixisti, Domine, terram tuam, avertisti captivitatem Jacob.* Porque escogida antes de la revolucion de los tiempos para dar un fruto bendito, tomó posesion de ella, y la separó del cautiverio de Jacob: porque prevenida con el mas copioso rocío del cielo, derramó sobre ella el Altísimo todas las bendiciones de que es capaz una tierra vírgen destinada á brotar el mejor lírio de los campos: porque exenta de la original cizaña, no podía tener parte en ella sino aquel Señor que le habia preservado para sí por un derecho privativo al mismo salir de la nada: *Benedixisti, Domine, terram tuam.*

Con que en sentir de este grande Abad, el objeto inmaculado de vuestro culto estaba ya figurado en aquella tierra de bendicion, que vió en espíritu el Profeta Rey. Así es, señores, ¿y qué debéis en su consecuencia practicar vosotros? Poseídos de un profundo respeto, y llenos de un humilde reconocimiento, rendid homenaje á la santidad de aque-

lla prodigiosa Reyna; pero advertid, que estais en una tierra santa: quitaos como el Legislador de los judíos las sandalias de vuestros pies, y llegaos á admirar en ella una zarza milagrosa, incombustible á la voracidad del fuego: un jardin hermoso impenetrable á los insultos de la antigua sierpe: una azucena cuya blancura resalta en medio de las espinas: una rosa de Jericó cuya belleza nunca estuvo ajada ni marchita: un ciprés incorruptible, que jamas vieron los montes mas elevados de Sion: una palma que con su verdor excita la emulacion de Cadés: un plátano de los mas bellos que florecen á la orilla de las aguas: un cedro de los mas encumbrados del Libano: un bálsamo de los mas aromaticos: un cinamomo de los mas exquisitos: un terebinto de los mas frondosos.

Pero hablemos sin enigmas, y dexemos unas figuras, que aunque magnificas, son poco expresivas, y apenas bosquejan el immaculado misterio de vuestra devocion. Venid si, y admirareis una hija de Adan, una porcion de la masa corrompida, que á pesar de la culpa original que se apodera de todos, conserva toda la pureza de su alma en el primer instante en que sale de la nada, y permanece incorrupta en el seno de la misma corrupcion: una Virgen á quien Dios por un privilegio singular y único, exceptúa de aquella ley general comprehensiva de los miserables hijos del primer hombre, por la que todos comienzan á ser hijos de ira, y víctimas de la justicia divina desde el momento mismo en que empiezan á vivir: una Virgen á quien Dios por una gracia preveniente, por una gracia especial, por una gracia muy singular, que no ha concedido á ningun mortal, la sostuvo en el mismo instante critico de su concepcion, para que su alma no contraxese la mancha original aquel contagio

transcendente, y tan ignominioso para los hijos de Adan.

Este es, oyentes, el privilegio glorioso, al que pretende dar culto la Iglesia en esta augusta solemnidad que nos congrega: privilegio ventajoso para María; pero al mismo tiempo muy propio para vuestra comun edificacion. María fué concebida entre esplendores de la gracia; esta es su prerogativa singular, pero tambien es el fundamento y raiz de todas las gracias y privilegios que ha recibido del cielo: origen y principio de todos los elogios y alabanzas que ha recibido de los hombres. Y ved aquí en bosquejo todo mi discurso: yo pienso hablaros del privilegio sublime de la Inmaculada Concepcion, de las gracias y dones, de las excelencias y aplausos, de los honores y bendiciones que la acompañan; circunstancias todas que formarán las dos proposiciones á que voy á ceñirme: quiero decir, que la gracia, preservativa de María fué el principio y fundamento de todos los favores del cielo: ahí tenéis la primera parte. La gracia preservativa de María fué la fuente inagotable de todas las alabanzas de la tierra: segundo punto. Mas breve: la Concepcion Inmaculada de María fué el fontal origen de todas las bendiciones del cielo y de la tierra: *Benedixisti, Domine, terram tuam*. Feliz yo si llego á ampliar dignamente un discurso, que aunque comun, es muy edificante.

Virgen Santa, nadie puede interesarse mas que vos en las glorias de vuestra immaculada animacion; alcanzadme los auxilios que necesito para hablar de ella como debo: ésta es la gracia que solicito, y á este fin os saludamos con el Angel.

AVE MARIA.

Dios había dispuesto antes del nacimiento de los siglos exceptuar á María de aquel primer decreto de maldición tan funesto para los hijos de Adán, porque había de ser madre suya, Reyna del cielo, y terror de satanáas, cuya cerviz había de pisar; pero un privilegio tan augusto no podía menos de pasar por el conducto de los oráculos, y predicciones de los Profetas antes de manifestarse á la vista del universo: un prodigio tan insólito exígia una multitud de pronósticos, de ensayos y de preparaciones: los suspiros de los Patriarcas, el deseo de las naciones, las figuras y sombras misteriosas debían ser otros tantos pregones, que anunciassen anticipadamente su cumplimiento en la série de los tiempos. En efecto, Moysés había vaticinado en el Génesis la preservacion futura de esta incomparable Virgen, quando dixo á la Serpiente: una muger quebrantará tu cuello, y hará pedazos tu cabeza. El Espíritu Santo la habla dibuxado en aquella arca de la alianza fabricada de una madera incorruptible, y adornada de un oro finísimo por dentro y por fuera: Isaias la había figurado en aquella florida vara de Jesé, en la que no se halló nudo alguno ni corteza: el Sabio en aquel profético éxtasis en que poseido de una santa admiracion, exclama: ¿quién es esta que arroja tantos resplandores como la aurora, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible como un ejército formado en batalla? Salomon en aquella Esposa de los Cantares, baxo cuya cabeza puso el esposo su mano izquierda, y la abrazó con la derecha para impedir su caída: el Evangelista Juan en aquella misteriosa muger que vió despues en la Isla de Patmos, vestida del sol, y coronada de es-

trellas, la que tenia la luna á sus pies. Estas figuras que habían anunciado antiguamente la santidad preservativa de María, tuvieron su cumplimiento luego que el Altísimo manifestó los inefables tesoros de su misericordia, y se dignó de regar esta tierra bendita, preparada desde la eternidad, con un torrente de gracias: luego que el divino Asuero extendió la fuerza de su brazo á favor de esta hermosa Estér, si señores, llegó el tiempo en que debía animarse esta criatura privilegiada que había sido tantos siglos el objeto y la expectation del universo, y al punto baxa la palabra del Señor desde su trono real, para interesarse en su admirable formacion: el Verbo Divino viendo que llegaba el instante en que iba á concebirse esta niña, que había de ser su Madre, y que por consiguiente se acercaba el tiempo de su encarnacion en el vientre virginal de esta casta doncella, reputó como una gloria particular, y creyó debía santificarla en el momento mismo de su animacion, enriquecerla con sus dones, y colmarla de sus favores mas singulares, por su mismo honor: la memoria de que muy presto había de ser hijo suyo, le hizo olvidar las leyes generales de su justicia rigurosa para separarla de la masa comun de los hijos de Adán, para privilegiarla, para distinguirla, para honrarla y para consagrar en ellas las primicias de su sér con aquella uncion de santidad de que fué llena: la representacion de que había de ser su hijo, le movió á tributar anticipadamente un género de respeto á su maternidad futura para derramar en su seno virginal un manantial inagotable de gracias, y formar de este modo un templo digno de su augusta magestad.

El Unigénito del Padre era árbitro, y podía haber formado para sí una Madre en quien concur-

riesen á un mismo tiempo las ventajas del nacimiento, los bienes de fortuna, lo elevado de la condicion y esplendor del poder: una Madre adornada con todas aquellas qualidades que el mundo reputa por mas brillantes; pero estas ventajas fugaces serian comunes á Maria y á las gentes del siglo. La Madre de un Dios merecia una distincion y un privilegio que le fuese de tal modo propio, que no conviniese á otra persona sino á ella; un privilegio particular que la distinguiese de los Isaías, de los Jeremías, de los Bautistas, de los mas grandes Santos y de todas las Vírgenes: un privilegio al fin tan grande y tan singular, qual podia darse á una pura criatura predestinada á una dignidad la mas augusta que el entendimiento humano puede imaginar.

Pues este privilegio único que debia formar el carácter y distintivo de la grandeza de Maria, no podia ser otro, segun la expresion de San Bernardino, sino la santidad preservativa que la exime en el instante de su Concepcion de toda mancha: esta insigne gracia es la que tira el último rasgo de su gloria, y la que únicamente ha juzgado el Verbo digna de la Madre que escogió desde la eternidad; de una Madre en cuyo seno habia de nacer como en su templo, y de la que habia de tomar aquella carne purísima, incapaz de morar con la menor sombra del pecado.

Los caracteres gloriosos de hija de David, luz de Israel, estrella de Jacob, vara de Jesé, arca de la nueva alianza, Reyna de los Angeles, primogénita del Altísimo y Esposa del Espíritu Santo, son sin duda unas prerogativas, que decoran la excelencia de Maria; pero estos títulos, aunque tan sublimes, la degradarian mucho si la faltara la inocencia original que la indemniza de toda culpa: la misma maternidad divina, este insigne privilegio no seria

para ella un título de tanto honor, si un solo instante hubiera estado contaminada con la fea mancha del pecado, si un solo momento hubiera gemido baxo la dura esclavitud del demonio, si por un brevisimo tiempo hubiera sido objeto de ira y de indignacion ante los ojos de un Dios que iba á ser su propio hijo: de un hijo, que siendo por esencia la misma santidad, no hubiera consentido que corriese por sus venas una sangre que habia sido envenenada con la ponzoña de la culpa.

Ved aquí el poderoso motivo que se propuso el Verbo Divino para abstraer á Maria de la ley general que la exime de aquella lepra de iniquidad corrompedora de toda la naturaleza humana; para levantar á favor de ella unos diques impenetrables á aquel diluvio de prevaricacion, que inundó toda la faz de la tierra: para comunicarla una gracia tan asombrosa que solo un Dios la puede conceder, y solo puede recibirla dignamente la Madre del mismo Dios, gracia original que la distingue del resto de todos los hombres, y la eleva á una esfera superior á nuestra imaginacion.

¡Qué dicha para esta hija del Príncipe, y escogida Madre del unigénito! ¡Qué hermosos fueron sus primeros pasos, y qué dia de tanto esplendor fué para ella el momento primero en que salió de las manos del Criador! Apenas acaba, católicos, de concebirse esta augusta niña, quando ya puede presentarse delante del Autor de la vida, no como enemiga suya oprimida con el peso de su maldicion, sino como la mas digna de todas sus finezas: apenas se anima en el seno de su anciana madre, quando adornada con los resplandores de la gracia, se dexa ver mas pura que todas las Vírgenes, mas abrasada de amor que todos los Serafines, mas santa y mas perfecta que todos los Espíritus Bienaventu-

rados: por eso la Iglesia contemplándola en aquel primer momento de su Concepcion la aplica con el Espíritu Santo aquellas palabras de los Cánticos: *Tota pulchra es amica mea, et macula non est in te*: toda tú eres santa, toda perfecta, toda hermosa, amada Esposa del Rey de los Reyes; y los ojos de aquel supremo Monarca, tan santos, tan puros y tan penetrantes, no pueden descubrir en tí la mas leve sombra del pecado: *Et macula non est in te.*

¿Quáles serian, señores, los dones de naturaleza y de gracia que en aquel instante enriquecieron el alma dichosa de María, de resultas del privilegio extraordinario que la preservó en su Concepcion gloriosa? A la verdad, esta incomparable Virgen desde el instante mismo en que recibió la primera gracia, principio, basa y fundamento de todas las gracias, entró en la posesion de los mas preciosos tesoros de la naturaleza; quiero decir, que la naturaleza misma atenta á los candores de su inocencia, y como respetando su original pureza, la preparó una organizacion la mas perfecta, un cuerpo el mas hermoso, una complexión la mas noble, un rostro el mas peregrino, un corazon el mas vasto, un natural el mas feliz, una carne sin fragilidad, un parto sin dolor, una vida sin miserias, y una muerte sin aquellos penosos deliquios que la hacen tan terrible para los descendientes de Adán.

Juntad á estas ventajas de la naturaleza los dones sobrenaturales que inundaron su alma como conseqüencias precisas y efectos necesarios de la primera gracia: yo llamo así los hábitos infusos, las virtudes morales, y los dones gratuitos; estos fueron las primicias de su sér inmaculado. Una fé mas viva que la de los Apóstoles, una esperanza mas firme que la de los Patriarcas, una caridad mas ardiente que la de los Serafines, estas virtudes en

el grado mas sublime fueron tempranos frutos de su Concepcion santa. Los dones de profecía, de lenguas, de milagros, de discrecion de espíritus, de imperio sobre la naturaleza, de interpretacion de arcanos, de inteligencia de las Escrituras, estas gracias fueron otros tantos gajes de su santidad preservativa.

¿Qué mas? Concebida entre los albores de la gracia fué en el mismo instante llena de una santidad inalterable que jamás perdió, ni podia perderla, al paso que los Angeles y el primer hombre, aunque criados en el seno de la gracia santificante, no estaban seguros del triunfo, y podian perder su inocencia original. Confirmada en la primera gracia que la santificó, fué íntimamente unida á Dios y por un particular favor exênta por toda su vida, aun de los defectos mas leves, al paso que los Apóstoles, el Bautista y algunos Profetas, aunque confirmados en gracia, no quedaron libres de toda imperfeccion.

Victoriosa del demonio y del pecado, preservada del contagio original, única causa de la rebellion de los sentidos contra la razon, tampoco debia sufrir los efectos de la concupiscencia, enemigo doméstico y compañera inseparable de la naturaleza corrompida, y por eso desde aquel primer momento, origen de las bendiciones del cielo, no experimenta María rebellion en sus miembros, ninguna ilusion en sus sentidos, ningun desórden en sus potencias, ninguna obscuridad en su entendimiento, ninguna flaqueza en su voluntad: no experimentó aquellos combates interiores, fruto infeliz de la desobediencia de un Padre prevaricador que hacian suspirar al Santo Job, ni siente dentro de sí misma aquella guerra intestina de que se lamenta el Apóstol en su carta á los de Roma: la

paz establece su mansion, y fixa su trono dentro de su inmaculada alma: su espíritu está siempre sujeto á la ley de Dios: sus inclinaciones, sus deseos y sus afectos siempre conformes á la razon, y su razon siempre gobernada por la fé y por las santas impresiones de la gracia.

¿Quán gloriosa fué, oyentes, para la Reyna del cielo esta primera gracia de su Concepcion? No se puede decir, ni aun se puede comprehender lo que la valió este insigne privilegio; porque ¿qué progresos no debia hacer en la santidad una alma adornada con todas las gracias santificantes y gratuitas, y que no sentia ninguna imperfeccion de la naturaleza corrompida? ¿A qué grado de contemplacion no debia elevarse, la que no sentia el peso de su cuerpo, y la que tenia un espíritu mas ilustrado que las mas sublimes inteligencias? ¿Quál debia ser el exceso de amor á Dios, en una voluntad enriquecida con los hábitos mas ventajosos de las virtudes sobrenaturales y morales? Esta justa consideracion hizo decir á San Epifanio, que María en fuerza de la gracia que recibió en el momento de su animacion, se elevó á una santidad inmensa: San Agustin la llama inefable: San Anselmo afirma que fué un abismo insondable: el Chrisóstomo, que tocó la raya de lo infinito; y Santo Tomás de Villanueva concluye que fué tan prodigiosa esta santidad de María, que ni ella misma acaso pudo comprehender su elevacion y grandeza.

Locuciones al parecer hiperbólicas; pero en realidad muy conformes á los sentimientos mas inconcusos de la Teología. Oid el fundamento: es comun sentir de los Doctores de la Iglesia, que María en virtud de su inocencia original fué dotada de todo el lleno de una razon perfecta desde el instante mismo en que fué concebida: que

desde este tiempo empezó á conocer á Dios con un conocimiento el mas sublime y el mas ilustrado con todas las luces de la sabiduría: que desde entonces su voluntad no cesó un solo momento de amar á Dios con toda aquella extension, de que es capaz una criatura adornada con la plenitud de la gracia santificante: que por medio de continuos actos de virtud los mas ventajosos, mereció á proporcion de su felicidad, nuevos aumentos de aquel primer grado de gracia, y se enriqueció cada vez mas con nuevos tesoros en la presencia de Dios: ¿pues cuál seria el grado de santidad á que se elevó su nobilísima alma, que desde el punto de su animacion ya comenzó á merecer por medio de un exercicio continuo de acciones las mas heroycas? Confesemos, Católicos, que habiendo estado María nueve meses sin interrupcion alguna aprovechándose de esta gracia en el seno de su venturosa madre, llegaria aun antes de nacer á un grado de gracia y de mérito, y á una plenitud de santidad y perfeccion incomprehensible aun para los mismos Angeles y Santos.

¿Pero acaso esta santidad extraordinaria fué el último fruto de su Inmaculada Concepcion? No, Católicos. Otra nueva excelencia no concedida á ninguna pura criatura fué el mas precioso gaje de su inocencia original: hablo, señores, de la vision clara de Dios con que fué dotada desde el primer momento de su sér, de aquel galardón que formó toda la grandeza y felicidad de los espíritus bienaventurados, de aquel privilegio tan deseado de los mayores Santos que jamas pudieron conseguir en esta vida, de aquellos dos estados de viador y comprehensor tan opuestos entre sí, que solo pudieron hermanarse en la sagrada humanidad del Verbo: estos dos extremos tan distantes se reunieron en María

al tiempo mismo de concebirse: en aquel instante sin dexar la condicion de viadora, se eleva al monte Santo, y entra en la nube donde se oculta la magestad del Señor: su espíritu se inunda á un mismo tiempo de un torrente de gracia para merecer, y de un torrente de gloria para hacerse partícipe de la felicidad eterna: rodeada de gloria descansa dulcemente en el seno de la divinidad: allí se vé anegada en un abismo de delicias, de dulzuras y de suavidades eternas: allí descubre los mas altos misterios y los arcanos mas impenetrables: unas veces la Trinidad de las Personas, otras la unidad de la Esencia, otras la inmensidad del Divino Sér, ya la plenitud de su poder, ya la generacion eterna del Verbo, ya finalmente las maravillas de su futura Encarnacion: ¿Qué fondo de gloria, de mérito y de privilegios! ¿Seria esto empezar á vivir entre las prisiones de la carne, ó reynar ya en la patria celestial?

No extrañeis unos privilegios tan singulares y tan contrarios á las reglas establecidas por la Providencia: María estaba predestinada para Madre de un Dios, el Verbo Divino habia empeñado su palabra, y era necesario trastornar en el instante primero de su sér los fueros mas respetables de la naturaleza y de la gracia: era preciso invertir las leyes generales, que como Autor Supremo se habia impuesto en la formacion del universo: era forzoso hacer el mayor esfuerzo de su misma omnipotencia, y ostentar su infinito poder, para observar con ella una economía extraordinaria, que no ha guardado con ninguna pura criatura: una economía por la que previniendo á María desde el principio de sus caminos con la plenitud de una gracia tan especial, era consiguiente adornarla con la infusion de los dones de naturaleza y de gracia, elevarla luego á

la sublime condicion de viadora y comprehensora, y últimamente, confirmarla en la posesion inadmissible de tan extraordinarios favores.

En virtud de la especial providencia con que santificó á María en el primer instante de su sér, por medio de un privilegio sin exemplar, se vió en cierto modo precisado á franquearla todas aquellas gracias extraordinarias que conducian á valorar su original santificacion, á hacerla brillar cada dia con nuevos resplandores, á engrandecerla con unos favores insólitos, á colmarla de todo quanto hay mas precioso en los ocultos seños de su omnipotencia, y ponerla en estado de ser el espectáculo de admiracion para los Angeles, y de complacencia para el mismo Dios: siguiéndose de aquí que aquella gracia preservativa fué como la raiz y fundamento de todos los dones, de todos los privilegios, y de todos los tesoros, con que el Altísimo la enriqueció despues. La gracia original fué el manantial perenne de las bendiciones mas copiosas del cielo, y al mismo tiempo la fuente de todas las bendiciones de la tierra: *Benedixisti Domine terram tuam*: Ved aquí la segunda verdad que os propuse, y en la que debeis vosotros convenir.

SEGUNDA PARTE.

Porque á la verdad, la Iglesia, esta casta Esposa del Salvador, mancomunada con todos sus hijos, y siguiendo las huellas del divino espíritu que la gobierna, empezó desde su misma cuna á mirar la inocencia original de María como el fundamento de sus elogios, y una fuente inagotable de sus alabanzas; por esta razon nunca se ha detenido en aplicar á esta gran Reyna las frases mas honoríficas que se hallan esparcidas en los libros santos, á fin